



LA HEREDAD MALDITA

POR

JOHN GILBERT

N.º 47

30 cts.

La Novela Femenina
Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas.

Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona

Año I

Núm. 47

ROMANCE RANCH 1924

LA HEREDAD
MALDITA

Preciosa novela dramática, interpretada por
el popular artista JOHN GILBERT y la bella
actriz VIRGINIA BROWN FAIRE

Producción William Fox

Exclusiva de

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Valencia, 280, bajos

BARCELONA



La Heredad maldita

Argumento de la película

En California, antes de que existieran las diligencias y el ferrocarril, cuando el territorio comenzaba apenas a desarrollarse, salió de Sacramento un correo a caballo.

Era peligrosa la jornada para los pacíficos viajeros en un país áspero y abandonado. Bandidos de raza blanca y cobriza infestaban los contornos atacando a traición y cayendo como cuervos sobre sus víctimas.

El cartero, montado en su cansino animal, caminaba descuidado por las arideces de la región. Dos indios agazapados tras un recodo acechaban el paso de algún valiente que se atreviese a cruzar la senda peligrosa.

Cuando vieron al conductor del correo, le apuntaron con sus arcos y una flecha rápida y audaz vino a clavarse en el pecho del desdichado.

El hombre estaba muerto. Los dos miserables cortaron a cuchillazos la cartera donde suponían existiría algún valor. Se apoderaron del escaso dinero que contenía y luego la arrojaron en mitad del campo junto con un pliego de cartas que carecía de interés para su avaricia de criminales.

*
**

Pasó medio siglo. Nacieron ciudades y caminos donde antes era todo tristeza y desolación. El tren acertaba las distancias y en el mismo lugar donde se desarrolló la tragedia una legión de hombres apisonaba el terreno para construir una carretera.

Una máquina desfondadora de tierras iba extrayendo enormes montones con el poder de sus brazos de hierro. Ante los ojos de los obreros apareció la cartera que cincuenta años antes fué abandonada por los indios.

—No tenemos derecho a enterarnos del contenido de estas cartas—dijo el capataz a los trabajadores—. Hay que llevarlas a la Oficina Postal más próxima.

Al siguiente día fué entregado en el despacho de correos aquel montoncito de sobres. Llegaban con un retraso de cincuenta años, pero se repartirían cumpliendo su jornada.

A varias leguas de allí habitaba el octogenario Felipe Varillo, que había sido en otros tiempos la "oveja descarriada" de la aristocrática familia de don José Varillo.

En su juventud cometió varias calaveradas que obligaron a su padre a expulsarle del hogar. Desde entonces había sorteado con dificultad las estrecheces de todo hombre que debe ganarse la vida. Su

padre había quedado con el otro hijo, Carlos, heredero de la fortuna de la familia.

La mansión ancestral de los Varillo era la hacienda Torre Dorada, importante propiedad, rodeada de fértiles tierras, abundantes en ganado. Ahora era dueño de todas aquellas riquezas Pedro Varillo, su sobrino, hijo de aquel hermano que fué favorecido con todos los honores, mientras a él se le abandonaba como si no hubiese existido.

Felipe vivía a poca distancia de la antigua casa de su padre. Allí había transcurrido su vida de campesino, levantando después de penosos esfuerzos una casita lo suficientemente cómoda para no sentir frío en su interior. Tenía un nieto al que adoraba como lo único que le quedaba para amar. En su vida había tenido innumerables desgracias: murieron su mujer y su hijo y sólo le quedaba el fornido mocetón, intrépido centauro de aquella tierra montaraz, que llevaba ya varios años recorriendo el mundo en busca de fortuna.

Cuidaba de su casa, Tesa, el ama de llaves que llevaba algunos años en su servicio. Muchas veces contaba a esa mujer la tragedia de su pasado, y ante Torre Dorada que se divisaba a lo lejos sentía revivir su tristeza.

—Si no hubiera reñido con mi padre y abandonado mi casa, todo eso sería mío...

—¡Ay, don Felipe, si pudiéramos hacer las cosas dos veces!

—...Y mi nieto no se habría visto obligado a ausentarse para buscar fortuna.

Se hallaban en el patio. El cartero se acercó.

—Don Felipe, le traigo a usted una carta venida del otro mundo... El correo es a veces lento pero siempre seguro...

Y le entregó uno de aquellos sobres, amarillentos,

apergaminalados, que los obreros habían encontrado en las excavaciones.

El viejo abrió sorprendido el extraño mensaje. Y sus ojos, apagados por el tiempo, parecieron encenderse con luminarias de odio, cuando leyó:

Querido hijo: Antes de que me sorprenda la muerte quiero que sepas que te he perdonado y que acabo de hacer mi testamento, legándote Torre Dorada. Pero tengo miedo de tu hermano Carlos... El sabe que el testamento está escondido en la casa y puede tratar de destruirlo. Lo he ocultado en el curo del respaldo de mi viejo sillón de brazos. Te bendice tu padre, José Varillo.

Todo su pasado revivió a la lectura de aquella carta. ¡Ah! Su padre había perdonado sus malandanzas de la juventud, legándole Torre Dorada... Pero aquel escrito, llegado después de cincuenta años, no podía devolverle el tiempo transcurrido.

—¡Entonces mi hermano lo sabía!... Y se quedó con lo que era mío... mío... ¡Y lo guardó durante tantos años!...

El odio más intenso brotó en su corazón. Amenazando con sus brazos temblorosos la casa ancestral que le habían robado, exclamó:

—Pedro Varillo, tú y tu padre me despojasteis... me robasteis a mí y a mi nieto esa heredad. ¡Pero yo os echaré de ella!

Su excitación fué tan intensa que su cuerpo frágil y decrepito no pudo resistir el inesperado golpe y, agarrotado por la apoplejía, cayó al suelo, víctima de un ataque.

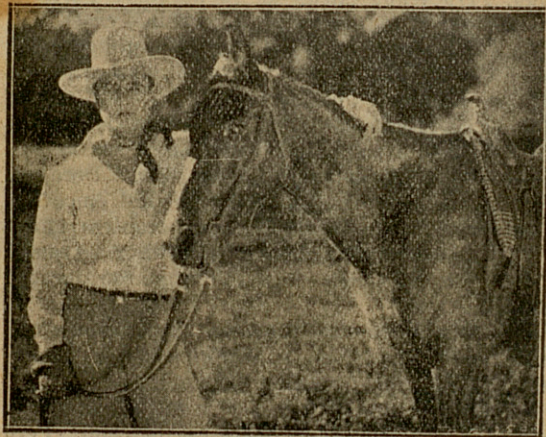
Entretanto, el nieto acababa de recorrer gran parte del mundo. Ni la amargura ni la envidia fueron compañeras de su viaje. Volvía como se fué, alegre, ágil, generoso, el mismo Juan Fernando Varillo de siempre.

Llegó a casa de su abuelo. En el patio encontró a Tesa que le abrazó como a "su hijo" que era. Lo había visto nacer y lo tuvo en brazos en su infancia.

—¿Dónde está el abuelo?—preguntó Juan.

Tesa contestó con un gesto de desaliento:

—Padece un ataque... Se ha quedado tullido...



Volvió como se fué, alegre, ágil, generoso, el mismo Juan Fernando Varillo, de siempre.

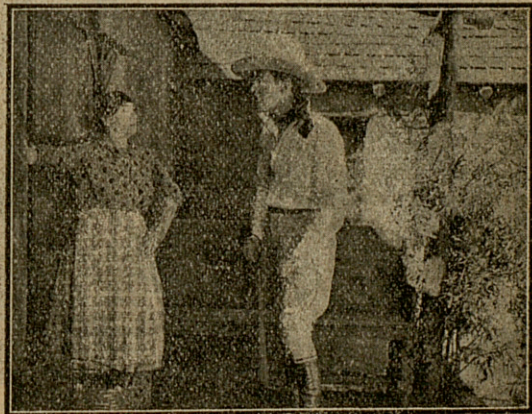
—¡Pobre viejo!...

Cuando entró en la habitación, un doloroso espectáculo se ofreció a sus ojos. Allí, sepultado por la dolencia, en un sillón, estaba el abuelo que desde el día trágico en que recibiera la carta había quedado imposibilitado.

Sonrió a su nieto que besó con sincera emoción aquel rostro que los años habían llenado de mil arrugas. Después de haber hablado de los viajes de Juan, el abuelo le dijo:

—Tengo noticias extraordinarias... hijo mío... Un mensaje de ultratumba...

Del bolsillo de su americana extrajo el papel arrugado, la carta que le había hecho estremecer con la importancia de la fatalidad.



—¿Dónde está el abuelo?—preguntó Juan.

—Lee...

Juan devoró en un instante aquel escrito de tinta casi borrada por la acción del tiempo y la humedad.

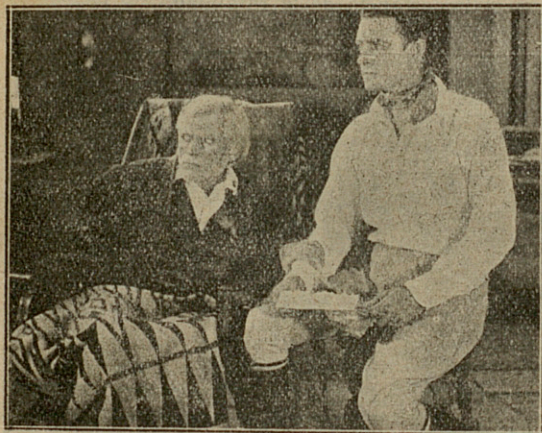
—¿Entonces?...—exclamó comprendiendo.

—Sí... durante largos años tu primo ha gozado de las riquezas que su padre me robó a mí... Pero aho-

ra a ti te toca exigirles la restitución en nombre mío...

—¡Oh, abuelo! Defenderé tus derechos a la herencia que te usurparon.

—Hazlo pronto, hijo mío... ¡Qué cara pondrán esa canalla y su orgullosa hija cuando les eche de mis tierras como pordioseros!



—Sí... durante largos años tu primo ha gozado de las riquezas que su padre me robó a mí...

Al mismo tiempo, en Torre Dorada, Pedro Varillo, que había tomado el lugar de su padre como dueño y señor ilegal de la heredad, vivía con su hija Carmen, recién llegada de Europa.

Conocía bien aquella historia por haberla escuchado de labios de su padre. Torre Dorada pertenecía al tío Felipe, pero como no se había encontra-

do el testamento en que aparecía la legación y luego, jamás aquel hombre se presentó a reclamarla, consideraba que el único propietario era él... Además, Pedro no estaba dispuesto a ceder generosamente la magnífica hacienda. Quería dejar a su hija Carmen los derechos sobre la heredad.

Cliffon Venable, un sujeto a la caza de la fortuna de Carmen, se hospedaba por unos días en la casa de Pedro Varillo. Acariciaba propósitos de unión con aquella muchacha que unía a su dinero una belleza encantadora. Pero Carmen no parecía muy dispuesta a corresponder a estos galanteos. Prefería recordar en automóvil los caminos recorridos durante su infancia.

Una de aquellas mañanas, Carmen daba su acostumbrado paseo en coche, gozando de las delicias de una velocidad cada vez más peligrosa. Se sentía feliz recorriendo las largas distancias en pocos minutos. Pero aquel día un accidente que pudo ser mortal vino a turbar su alegre espíritu. Su automóvil embistió brutalmente a un jinete que galopaba por el camino.

El animal dió un terrible salto, arrojando de su silla al caballero que fué a caer a unos metros de allí. Horrorizada, Carmen corrió en auxilio del jinete que no era otro que Juan Fernando Varillo. El muchacho se dirigía a Torre Dorada para hacer valer sus derechos sobre la propiedad.

Carmen, auxiliada por los ocupantes de otro automóvil, condujo al joven a Torre Dorada. Allí le cuidó con manos maternas y piadosas, vendando la herida de la muñeca, prodigándole las ternuras de su alma de buena mujer. Lentamente Juan recobró el conocimiento y se asombró al encontrarse en una habitación bien amueblada y junto a una mujer que le miraba con ojos interrogantes.

—Perdóneme, señorita... No comprendo...

—Se lastimó usted al caer de su caballo... y le traje a mi casa—explicó ella, sonriente.

—Es usted muy amable, señorita. Le suplico que no se tome tantas molestias... No soy digno de ellas...

—Yo tuve la culpa y mi deber es cuidarle...

Juan bendecía el accidente que si bien puso en peligro su existencia, le había hecho conocer a la encantadora enfermera.

—Mi herida no tiene importancia... Pero... ¿me permite usted que vuelva por aquí a darle de nuevo las más expresivas gracias?

—Será usted siempre bienvenido a Torre Dorada...

Al escuchar este nombre, el semblante de Juan se ensombreció de repente. Su voz adquirió un tono duro al preguntar:

—¿Es ésta Torre Dorada?

—Sí... ¿Lo ignoraba usted?... Yo soy Carmen Varillo...

¡Carmen Varillo, la hija del hombre que usurpaba los derechos del abuelo!... ¡Maldita coincidencia!... Pero... no... no... No podía continuar un instante más en aquella mansión antipática... hablando como un amigo... Y sin embargo... ¿tendría valor ahora para exigir y amenazar?... Aquellas manos de mujer le habían cuidado tan bien... No, volvería otro día; en aquel momento le hubiera parecido indigno.

—Adiós, señorita...

—¿Se va usted ya?—preguntó Carmen, sorprendida—. No debe usted salir tan pronto. Puede hacerle daño...

—Muchas gracias, pero no puedo quedarme ni aceptar de usted nuevos favores...

El padre de Carmen apareció en la habitación y al contemplar al nieto de Felipe en su casa, gritó:

—¡Juan Varillo!

El muchacho miró al recién llegado con una sonrisa de desdén y luego, dirigiéndose a Carmen, añadió:

—Ahora ya comprenderá usted por qué no puedo quedarme, señorita...

¡sin valor para efectuar la reclamación, salió precipitadamente. Carmen ignoraba los motivos que impedían la amistad entre las dos familias.

—¿Qué estaba haciendo aquí ese Don Nadie?—preguntó Pedro, disgustado por aquel encuentro inesperado.

—Le atropelló mi automóvil... papá... Acababa de curarle cuando tú llegaste...

—Pues que no vuelva a permitírsele la entrada en esta casa.

—Pero, ¿por qué no, papá? ¿Siendo parientes, no podemos ser amigos?

—Son gentes que nos odian... Tú no comprendes aún, pobre chiquilla...

Y dejó a Carmen, que se preguntaba por qué causa debía ella odiar a su primo que parecía "simpático", de "sonrisa seductora".

Juan, al regresar a su casa se daba cuenta de que Torre Dorada encerraba para él algo más precioso que el testamento escondido.

Entró desalentado. Al verle, su abuelo le interrogó con ansiedad:

—¿Has visto al infame?

—...Y a su hija—contestó Juan, abatido.

—Entonces... ¿su hija ha regresado ya de Europa?... Mientras tú sufriste la esclavitud de la miseria para poder educarte, ella se fué al extranjero... a costa de *mis* rentas...

¿Debía odiarla? A Juan se le apareció el rostro lindo de Carmen y contestó:

—Ella no puede saberlo... Es dulce y buena...

Pero el viejo continuó implacable en su anhelo de venganza.

—¡Pues es hija y nieta de un ladrón!... Y no olvides que comparte con su padre el despojo de que hemos sido víctimas...

—No... no lo olvido...

Para librarse de la dolorosa realidad, salió al patio. Meditaba en los pocos deseos que tenía de llevar a la práctica aquel asunto, cuando vio que se apeaba del caballo, ante su casa, Carmen Varillo.

Corrió a su encuentro y la muchacha, sonriente y cordial, le habló:

—Si le hemos ofendido... dígamelo para darle excusas... a fin de que seamos amigos...

Dudó Juan lo que debía contestar... Pero recordó a su abuelo, su odio inextinguible y la necesidad de recuperar lo que le usurpaban.

—Siento muchísimo—contestó—no poder aceptar esta amistad...

Tan pronto las hubo pronunciado se arrepintió de sus palabras. Pero Carmen, ofendida, mirándole con profundo rencor, montó de nuevo a caballo y con una mirada de profundo desprecio, inició un violento galope fustigando con su látigo al animal.

El joven, luchando entre dos deberes, la simpatía que naciera en su corazón por aquella mujer, y el odio que su abuelo alimentaba, volvió al lado de éste.

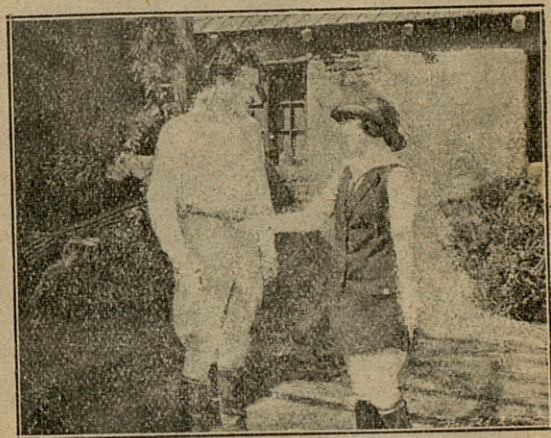
Felipe, que había presenciado la escena a través de la ventana, le aconsejó:

—¡Cuidado, hijo mío!... No dejes que una cara bonita y un aire de reina te hagan perder la cabeza...

El joven estaba desalentado. En su alma no vibraba el rencor como en el alma del viejo, carne de odio que sentía una sed poderosa de venganza.

—Juan, bien ves que yo no puedo hacer nada personalmente... Pero lo que yo no puedo tomar por mis propias manos, es preciso que vayas a tomarlo tú...

Y el muchacho, creyendo que el odio del anciano podría aplacarse con dinero, contestó:



—Si le hemos ofendido... dígamelo para darle excusas... a fin de que seamos amigos...

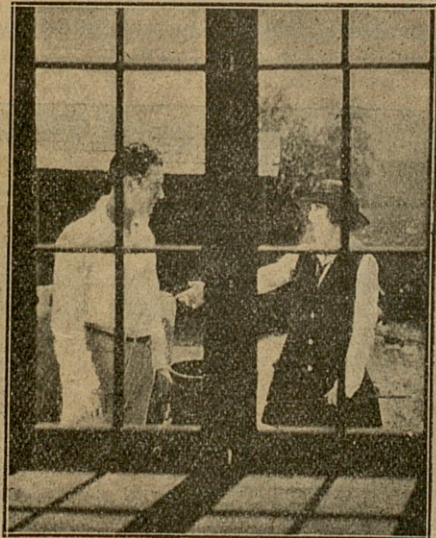
—La fortuna me ha favorecido... Tengo bastante para ti y para mí... ¿A qué buscar ahora cuestiones?

Pero el deseo de Felipe sólo lo apagaría la muerte.

—No acepto nada, ni aunque venga de ti... ¡Exijo lo mío!...

—Abuelo...

—Esta noche te apoderarás de lo que debiste haber tomado hoy... ¡Júrame que me vengarás!—dijo



Felipe, que había presenciado la escena a través de la ventana...

en tono solemne y levantando el brazo.

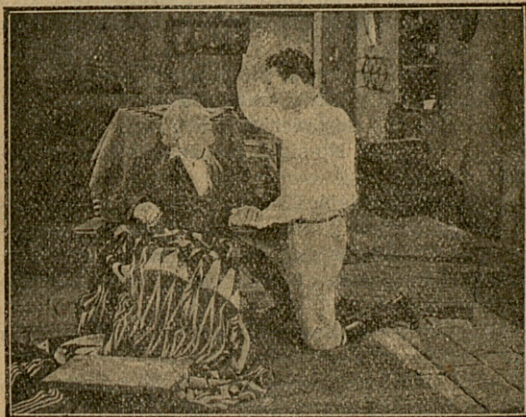
Juan vacilaba. ¡Ir allá, a casa de la mujer que se portó tan bien con él! No había explicado a su abuelo el accidente; al fin y al cabo careció en ab-

soluto de importancia. ¡El vejete odiaba tanto a aquella familia!

—Júralo—siguió implacable.

Y el muchacho, rodeado por las cadenas del odio que como un pulpo aprisionaban su garganta, juró...

—Enséñale esto a ese ladrón—dijo, dándole la carta—y mañana ya no tendrá hacia nosotros esa actitud protectora...



Y el muchacho, rodeado por las cadenas del odio, que como un pulpo aprisionaban su garganta, juró...

Juan se alejó tristemente, guardando la carta en su bolsillo.

*
* *

Por la noche iría allá... Se encontraba ahora en el patio procurando disipar los funestos pensamien-

tos que le rodeaban. A veces dirigía la vista hacia la casa de Torre Dorada que era suya, de su abuelo... y que aquella familia ocupaba contra toda ley... Un juramento sagrado le obligaba a ir a recabar sus fueros.

A pocos pasos de allí, Manuel, un vecino, con un ramo de flores en la mano, declaraba su amor a Tesa, que se hallaba tendiendo tranquilamente la ropa.

—Tesa, reina de mi corazón—le dijo—, te traigo las flores más hermosas que he podido encontrar en mi potrero...

La solterona se las devolvió diciéndole:

—Guárdatelas y envenénate con su jugo...

—Tesa, no me desprecies... Te quiero tanto...

—Vete de aquí... No sigas rebuznando como el asno del amo...

Y desdñosa le dejó. El rocín, atraído por los gritos del enamorado galán, se colocó junto a él, detrás de una sábana que Tesa acababa de colgar. Manuel, con los ojos al cielo, continuaba cantando su pasión:

—Mi amor es ardiente como el sol... Mis labios tienen sed de pasión... Dame un beso.

Y apartando el lienzo que creía le separaba de Tesa, se encontró con el asno que movió filosóficamente las orejas...

—¡Maldita sea!—exclamó el enamorado—. ¡Esta mujer se está burlando de mí!

Juan, que había presenciado aquella escena, le dijo riendo:

—No te aflijas... El camino del amor está lleno de espinas...

—Esto no es un consuelo, señor... como lo verá usted cuando le llegue su turno...

¡Su turno! Asoció esta idea a Torre Dorada. ¿Se-

ría posible que alguna vez... Carmen y él?... Pero no... ¡Si aquella misma noche debía ir allá en son de guerra!

Y unas horas más tarde se dirigió a Torre Dorada. En el jardín pudo escuchar la conversación que sostenían Carmen y su enamorado Clifton... Le latió el alma emocionada cuando oyó decir al joven:

—¿Quiere usted ser mi esposa, Carmen?

La muchacha aparecía distraída, acariciando a una cotorra que, junto a ellos, les aturdió con su chillido.

—¿No me contesta usted?... ¿No sabe que la amo desde que tuve la dicha de conocerla?...

—Perdón... No quiero pensar en este casamiento... todavía...

Sí, su padre quería casarla con aquel joven, de noble abolengo, pero Carmen no sentía por él el mas pequeño amor.

Juan, al escuchar la negativa, sonrió... ¡Oh! Cada vez le interesaba más aquella muchacha.

Pero no olvidó que era nieto de Felipe y que no había ido allá para enamorarse. Entró en el hall y se hizo anunciar con un aire digno y grave. Cuando Pedro Varillo le vió de nuevo en su casa, toda la antipatía que sentía hacia su parentela se le acumuló a flor de labio.

—¿No le dije a usted que no quería verle en Torre Dorada?

—Cálma, señor. Lea usted la copia de la carta escrita a mi abuelo por su padre don José Varillo... Sin duda que el contenido ha de interesar a usted.

Pedro leyó:

Querido hijo mío: Antes de que me sorprenda la muerte, quiero que sepas que te he perdonado y que acabo de hacer mi testamento legándote Torre Do-

rada. Pero tengo miedo de tu hermano Carlos. El sabe que el testamento está escondido en la casa y puede tratar de destruirlo. Por esa razón lo he ocultado. Te bendice tu padre, José Varillo.

Una sonrisa lívida apareció en su rostro. Aquello podía ser algo muy importante... Conocía la existencia del testamento del abuelo, pero ignoraba en qué lugar pudo esconderse.

—¿Y bien?—dijo mirando a Juan con ojos desafiadores—. Esto no prueba nada... ¡Aquí no dice dónde está escondido!

—No, esa parte de la carta la suprimí yo al hacer la copia—contestó Juan con una sonrisa de hielo.

—¿Y cree usted que doy crédito a estas patrañas?

—El testamento está escondido en esta casa y he venido por él.

¡Ah, el miserable! ¿De modo que conocía el lugar donde se escondía el peligroso documento que en vano habían estado buscando su padre y él para destruirlo? ¡Y si se encontraba, si veía la luz pública, tendría que devolver Torre Dorada!

—¡No permitiré que registre mi casa!—dijo con decisión—. ¡Todo esto es mío... mío!...

Su actitud de defensa excitó a Juan. ¡Y aquel hombre tenía el valor de protestar!... Con terrible sangre fría, le contestó:

—Miente usted... ¡ladrón!!

—¿Ladrón yo?

Y de una bofetada cruzó el rostro del muchacho. Pero éste no era hombre capaz de dejarse pegar impunemente... Echóse sobre Pedro dispuesto a devolver ciento por uno.

Carmen, que acababa de dejar a Clifton, penetró en la estancia, en el preciso momento en que Juan lanzaba su terrible "ladrón" contra su padre.

Su alma de buena hija se sublevó ante el insulto y asiendo un látigo que estaba encima de una mesa, lo descargó furiosamente sobre la espalda de Juan.

El muchacho retrocedió sin osar defenderse, porque eran manos femeninas las que atacaban.

—No vuelva usted a tener el atrevimiento de poner los pies aquí—le dijo Carmen con gesto iracundo.

Y Juan no tuvo valor para soportar aquella mirada, comprendió que sentía algo indefinible, algo que debía ser amor, por aquella joven que le había pegado, y olvidando sus juramentos, desesperado, furioso contra sí mismo, abandonó la estancia perdiéndose por el oloroso jardín.

Padre e hija quedaron frente a frente. Carmen le preguntó extrañada por la insultante palabra del mozo:

—Papá, ¿por qué te llamó ladrón?

—Por envidia, hija mía... Nuestros parientes pobres nunca nos han perdonado la herencia de Torre Dorada.

—¡Pobre papá, cómo te injurió aquel hombre!

—Carmen... hijita...

Y sintió remordimientos de conciencia, porque era verdad... se merecía el insulto...

*
* *

Juan regresó a su casa pensando en el gesto que pondría su abuelo al enterarse de lo ocurrido.

El viejo, con una mirada suplicante, desde su sillón, le interrogó:

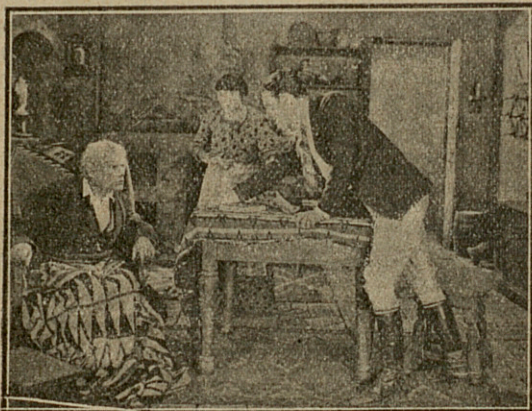
—Qué... ¿le encontraste?

—Nada pude hacer, abuelo... no quiso entregarme el documento...

—¿Y le obedeciste?... ¿Tuviste miedo de hacer valer tus derechos?

—Abuelo... El estaba en su casa... Se defendía...

—¿Eres entonces un necio y un cobarde, que permitiste que te echaran de nuestra casa?... Si no tienes valor suficiente para ir allá y apoderarte de lo que nos pertenece... entonces... entra en la casa por la fuerza... y róbalos.



—Abuelo. El estaba en su casa... Se defendía...

Chispeaban sus ojos; el rostro, congestionado, era como una mancha de sangre.

—¿Por qué me pides estas cosas?... Yo no puedo entrar allí como un malhechor.

—¡Recuerda tu juramento!...—exclamó el anciano, implacable...

—No puedo...

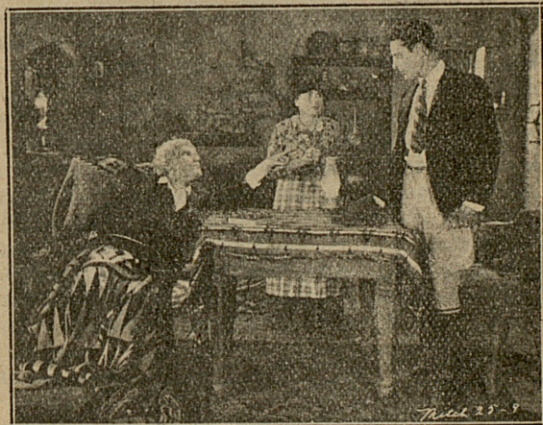
—¿Que no puedes, traidor?... ¡Un Varillo cobarde!... ¡Un nieto mío con agua en las venas!

¡Pobre Juan!... ¡Cuán desdichado era!...

—Esta no es tu casa... No debes quedarte aquí... ¡Vete!

Pugnaba por levantarse del sillón y arrojar de su hogar a aquel nieto que le traicionaba...

—¡Vete!... ¡Vete!...



—¿Que no puedes, traidor?... ¡Un Varillo cobarde!... ¡Un nieto mío con agua en las venas!

Y Juan, anonadado por los insultos, sintiendo en su alma las violentas luchas del odio y del amor, abandonó la casa.

Acababa de salir, cuando Felipe sufrió un nuevo

y fulminante ataque. Quedó muerto. La Parca, compasiva con él, apagaba su fuego de odio.

Juan, herido por la cólera de su abuelo y resistiendo los dictados de su propio corazón, se dispuso a asaltar como un vulgar criminal la casa de Torre Dorada.

Entró furtivamente... No había dado aún la media noche... Su alma se estremecía... Tanteó el respaldo de las sillas de la salita hasta dar con un viejo sillón de brazos... Estuvo luchando durante algunos minutos sin encontrar el escondite en que podía estar el testamento... Pero de pronto cedió ¡Oh! No había duda... ¡Era el documento buscado! que leyó a la luz de la luna que llegaba del jardín...

Carmen, que iba a acostarse, oyó ruido y bajó a la salita encendiendo la luz eléctrica. Su sorpresa fué enorme al ver a su primo en medio de la habitación escondiendo unos papeles en el bolsillo.

—¿Vino usted... a robar?—dijo ella severamente.

—No... vine a tomar lo que es mío...

—Nada hay aquí que le pertenezca...

—¡Pobre de usted! Todo cuanto hay aquí es de mi abuelo...

—¡Basta! Márchese antes de que llame a los criados...

—Si su padre no le ha confesado la verdad, señorita, hablaré yo.

Juan había recobrado su natural temple. Cuando hablaba con aquella mujer, no podía enfadarse; era imposible.

—No quiero oírle... Váyase...

—Pues es preciso que me escuche.

—No quiero oír nada. ¡Le detesto!... ¡Le aborrezco!...

Pero Juan, acercándose, replicó con tranquilidad:

—Ahora, tal vez... Pero más tarde... ¡quién sabe!

Carmen había llamado en alta voz a su padre y temiendo Juan que le sorprendieran, ahora que tenía en su poder el testamento, consideró que lo mejor era marcharse cuanto antes. Y de un salto ganó el jardín cuando llegaban Pedro Varillo y Clifton, atraídos por los gritos de la joven.

—¡Oh, padre!... Encontré a un hombre... aquí... acaba de marcharse...

—¿Reconociste al ladrón?...

—Sí... era Juan Varillo...

Pedro se estremeció. ¿Habría encontrado aquel hombre el testamento? Y al ver uno de los sillones con el respaldo roto, comprendió que allí debió estar escondido el terrible papel.

—Hay que llamar inmediatamente a la autoridad—intervino Clifton.

—No, no—contestó Pedro, temiendo que la intervención judicial pudiera complicar las cosas—. Ese joven es pariente nuestro... Y si fuera encarcelado, su deshonra caería sobre toda la familia...

Pensó que lo más acertado era aguardar los acontecimientos.

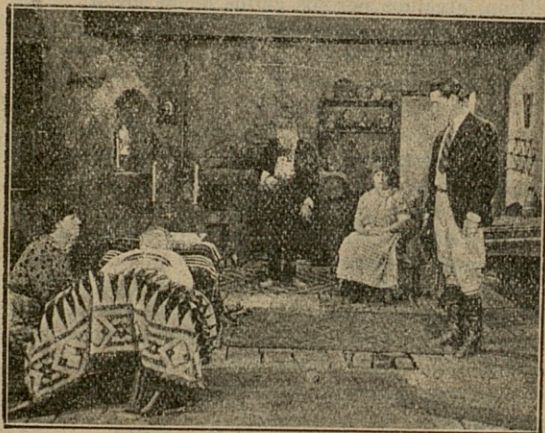
Juan había regresado a su casa y allí le esperaba una dolorosa realidad. ¡Su abuelo había muerto! ¡Pobre viejo! ¡Cuando iba a entregarle el documento soñado que le haría poseedor de las riquezas injustamente usurpadas, la muerte le arrancaba del mundo!

Pasó varios días reflexionando sobre el problema que no podía resolver. ¿Debía continuar la venganza, posesionarse de lo que era legítimamente suyo, o procurar el olvido por el recuerdo de aquella

mujer que le había cautivado?... Visitó al cura de una aldea cercana, un buen pastor, cuyos consejos le fueron siempre provechosos.

—Padre, necesito del consejo de usted... Le suplico que me diga si la muerte de mi abuelo me releva del juramento que le hice.

—¿Si cumple usted su juramento, hijo mío, resultará algún daño para alguien?



Juan había regresado a su casa y allí le esperaba una dolorosa realidad.

—Sí...

—Entonces, la muerte le releva de la obligación de cumplirlo...

Cuando salió de casa del pastor, satisfecho por haberse librado de aquella pesadilla, le aguardaba

una gran sorpresa. Un automóvil se detuvo ante la mansión, Juan reconoció en sus ocupantes a Pedro Varillo, su hija Carmen y el novio Clifton.

Acercóse disimuladamente y oyó cómo el padre de Carmen hablaba de la boda que iba a realizarse unos momentos después. Carmen estaba melancólica pensando en aquel casamiento a que la obligaba su padre con un hombre que no podía amar.

Juan era un espíritu decidido. Bajaron primero el padre y Clifton a preguntar si estaba el pastor en su casa, y aprovechando el momento en que la muchacha quedó sola en el auto, Juan subió en él y empuñando el volante emprendió fantástica carrera. Fué obra de un minuto. Los dos hombres quedaron asombrados al ver desaparecer el coche con el miserable raptor.

La muchacha no sabía tampoco de su asombro.

—Si se trata de un nuevo ultraje de usted le ordeno que me lleve a la misión inmediatamente...

—De ninguna manera... usted se vendrá conmigo...

Llevaban una velocidad loca. El propio Juan estaba asombrado por lo que había hecho. Pero, ¿iba él a consentir que se casase con otro la mujer que quería?...

Y fué tan veloz la marcha del automóvil, tan entusiasmado y distraído estaba Varillo, que el auto fué a chocar contra unos árboles de la carretera, saltando los ocupantes a bastante distancia. Carmen quedó desvanecida y Juan aturdido por el golpe.

Pero el joven dióse pronto cuenta de la realidad y levantando a Carmen la condujo a una cabaña cercana.

Unas horas después, la muchacha volvía en sí y preguntaba a su raptor:

—¿Por qué me ha traído usted aquí?

—Para impedir que se case con Venable...

—¿Y qué le importa a usted con quién me vaya a casar?

—Me importa... si quiere usted saberlo... ¡porque la adoro!...

Y comenzó a besarla con zalamerías de enamorado. Había desaparecido todo rencor, no odiaba a la familia de sus parientes... Y se sentía cada vez más prendado de Carmen...

—Déjeme... déjeme usted...—dijo Carmen procurando desasirse de los brazos de su primo, pero sus ojos se encontraron y brilló en ellos una chispa de amor...

Al recoger la tierna mirada de Carmen en la que vió cariño, Juan comprendió que no estaba portándose como un caballero.

Había cerrado la noche... Era imposible intentar siquiera marchar de allí. Y dejando a su prima, salió de la cabaña dispuesto a pasar la noche a la serena.

* * *

Al nacer el sol, Juan entró de nuevo en la choza.

—¿Sigo siendo su prisionera?—preguntó Carmen.

—No—respondió el muchacho arrepentido de su conducta anterior—. Neciamente creí poder obligarla a usted a amarme...

—Lo que ha hecho usted conmigo es indigno... ¡Obligarme a pasar la noche aquí!...

Le temblaba la voz, pero también, contra su propia voluntad, se sentía atraída por aquel hombre que le había librado de caer en manos de Clifton Venable.

—Voy a conducirla a su casa...

Salió de la cabaña para orientarse y vió cerca de allí varios hombres, entre los que distinguió al padre de Carmen.

Pedro Varillo había estado siguiendo la pista de los fugitivos, esperando alcanzarlos cuanto antes.

Juan volvió a entrar en la choza y dijo a Carmen:

—Vienen hombres por el camino... en busca de



Y comenzó a besarla con zalamerías de enamorado.

usted...

—¡Ha comprometido usted mi reputación!...

—Carmen... perdóneme... yo me marchó... Pero tome esto...

Y le entregó el testamento del antepasado.

—Léalo usted cuando me haya marchado... y luego quémelo.

La muchacha cogió el papel y miró a Juan como interrogándole.

—Bajaré por el barranco... Usted puede decirles que anoche escapó usted de mis manos en la selva y vino a refugiarse aquí...

Y se dispuso a saltar por una ventana que miraba a un profundo precipicio.

—No... por ahí... no... ¡Se mataría usted!

—Qué importa... He de salvar su honor.

—¡No... no haga usted eso... por mí!

Pero Juan, con un gesto de desesperación, se precipitó por el despeñadero.

Carmen salió al exterior dando gritos. Pedro Varillo y varios hombres que estaban cerca de allí, acudieron, temiendo algo terrible...

—¡Hija... mía... hija mía!...—dijo Pedro abrazando a Carmen.

—¡Papá!... Juan se ha matado... allá abajo... en el barranco...

Y mientras algunos hombres acudían en socorro de Juan, Carmen y su padre penetraron en la cabana a reposar de las emociones sufridas.

Carmen explicó lo sucedido, la noche pasada allí, el papel que le había entregado el raptor.

—...Me dijo que lo quemara...

Pedro leyó el testamento:

4 Abril 1873. Es mi voluntad que, a mi muerte, todas mis posesiones muebles e inmuebles, incluyendo la heredad de Torre Dorada, pasen a poder de mi hijo Felipe Varillo. Esto anula el testamento anterior en favor de mi hijo Carlos.—José Varillo.

Sintió un sincero arrepentimiento. Había estado él usurpando los derechos de Felipe y ahora se los negaba a Juan... Y lo confesó todo a su hija:

—Debes saber que Torre Dorada nunca ha sido nuestra legítimamente... Mi padre se la quitó a su hermano... y ahora es de Juan...

Y continuó, como queriendo disculparse:

—Sólo ansiaba esta propiedad para ofrecérsela como hogar...

—Pues entonces... papá... debemos devolver inmediatamente a Juan lo que es suyo... ¡Dios mío!... ¡Y tan mal como nos hemos portado con él!... Y quizás esté muerto a esta hora. ¡Lograrán sacarlo con vida del barranco?...

—Sí.

* * *

Y Juan, herido por el terrible golpe al despeñarse por la hondonada, recobró la salud gracias a los cuidados de Carmen...

El fuego destruyó el testamento de aquella heredad maldita y, una vez disipada la tragedia, nuestros héroes quedaron unidos para siempre con el dulce lazo del amor...

FIN

Prohibida la reproducción

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Con esta novela exige usted la postal-obsequio de
LAURA LA PLANTE

E. VERDAQUER MORERA.—TARRASA

PRÓXIMO NÚMERO

La sugestiva novela, de gran asunto

COMO NACE UNA PASION

Protagonista: la celebrada "estrella"

BEBÉ DANIELS

—
Postal-obsequio:

CONRAD VEIDT

—
LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los viernes

32 páginas.

30 céntimos

NÚMEROS PUBLICADOS

1, Genoveva de Brabante. 2, Los héroes del mar. 3, El testamento del capitán Applejack. 4, La orfandad de Chiquilín. 5, Sin rumbo. 6, Una niña a la moderna. 7, La hermana blanca. 8, El egoísmo de los hombres. 9, La mujer de bronce. 10, El árabe (especial). 11, Esposas sin amor. 12, El ciclón. 13, La eterna lucha. 14, Malva. 15, Mentira amorosa. 16, La ciudad del Silencio. 17, La princesa de bronce. 18, La chispa. 19, ¡Oh mujeres, mujeres! 20, El delirio del Jazz (especial). 21, El fin del mundo. 22, El juego de la Novia. 23, Pasó la juventud. 24, La Medalla del Torero. 25, Gracias a ellas. 26, Los zapatitos de la suerte. 27, Eclipse de estrellas. 28, La justicia del Zar. 29, El error de una madre. 30, Mas fuerte que el odio, el amor. 31, La nieta del Bohemio. 32, Las victimas de la maledicencia. 33, El mudo acusador. 34, El vino. 35, El Pirata. 36, La encantadora Circe (especial). 37, La irresistible Lulú. 38, Tin-tin de mi corazón. 39, El Vanidoso. 40, Cada oveja con su pareja. 41, Nobleza de corazones. 42, Victorias femeninas. 43, Papá Ricardo. 44, Firme como el acero. 45, La niña "bien". 46, Estrategia Femenina. 47, La heredad maldita.

Postal-obsequio

1, Viola Dana. 2, Thomas Meighan. 3, Priscilla Dean. 4, Herbet Rawlinson. 5, María Jacobini. 6, Jaque Cate-lain. 7, Alice Terry. 8, Lew Cody. 9, Lillian Gish. 10, Harrison Ford. 11, Ginette Maddie. 12, Rod La Rod-que. 13, Betty Compson. 14, Glenn Hunter. 15, Lois Wilson. 16, Charles Ray. 17, Enid Bennett. 18, Jack Pikford. 19, Lya Mara. 20, Harry Liedtke. 21, May

Mac Avoy. 22, León Mathot. 23, Mary Philbin. 24, Owen Moore. 25, Betty Bronson. 26, Rodolfo Valentino. 27, Leatrice Joy. 28, Georges Biscot. 29, Mae Murray. 30, Ramón Novarro. 31, Estelle Taylor. 32, Hoot Gibson. 33, Anita Stewart. 34, Alberto Capozzi. 35, Mabel Normand. 36, Harold Lloyd (Él). 37, Eva May. 38, William Russell. 39, Mary Miles Minter. 40, Jackie Coogan (Chiquilín). 41, Liane Haid. 42, Frank Mayo. 43, Norma Talmadge. 44, Sessue Hayakawa. 45, Huguette Duflos. 46, Reginald Denny. 47, Laura La Plante.

SUPPLICADO

MUY EN BREVE

se pondrá a la venta el soberbio

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

con el que se regala un lujoso ÁLBUM para
coleccionar las postales del año 1925.

Contiene varios argumentos de películas, novelas cortas, diálogos teatrales, una galería de estrellas de la pantalla, y otras amenidades que han de satisfacer al más exigente.

Portada a tricromía :: :: 128 páginas

Cómprelo Vd. antes no se agote, y se convencerá de la exactitud de nuestra aseveración.

Carmelo